



de lágrimas La señora Reiz tenía un hermoso salon principal, y esto no es lo menos agradable y lo menos importante para una mujer de mundo. Este salon estaba revestido de blanco y oro; los pintores no son aficionados á los salones con blanco y oro, porque los cuadros que se ponen en ellos no tienen luz ventajosa; pues aun cuando me gustan mucho los pintores y los cuadros, declaro que los salones adornados de blanco y oro me gustan muchísimo. Aquellas paredes blancas con listones dorados limitan menos la vista que cualquiera otro color y hacen parecer las habitaciones mas gran-

des y vienen mejor con el suelo desnudo, de manera que se puede allí bailar, y sobre todo cantar.

Conociendo las preciosas cualidades de su salon, mas feliz que los labradores de Virgilio, la señora de Reiz habia resuelto hacer aprovecharse de él á sus amigas y amigos. Daba un baile. Una noche de febrero, algunos dias antes del gran baile, esta señora entró en el despacho de su marido, al que encontró escribiendo.

—¿Qué haces, querido? dijo.

—La 194.



El oficial de carpintero y su nieta.

—¿La 194? ¿Qué es, Dios mio?

—Esquela de convite. El litógrafo nos ha hecho las papeletas, pero no ha puesto las señas en los sobres. Yo no tengo secretario y no tengo confianza en Vicente. Quise probarle, y en caracteres fantásticos y gigantescos me puso mil disparates: en lugar de *señor Alemand*, me puso *señor Animal*; en vez del *Lord embajador de Inglaterra*, escribió *Loro*; así he tenido, como ves, que hacerlo yo, no me echase á perder todos los sobres. Además, he tenido que añadir manuscrito al pié de cada esquela, *se cantará*. Pues bien, no lo tomes á risa, á fé de hombre de honor, es un trabajo que se lo doy al mas pintado.

SEGUNDA SERIE.—1863.

—Al menos no tiene nada de alegre.

—La 195.

—¿Sabes que el joyero se tarda mucho?

—Sí no, no fuera joyero. ¿Qué debe traerle?

—Mi diadema.

—¿Qué diadema?

—Para completar mi adorno.

—¿El adorno de perlas?

—No, mi adorno de diamantes.

—¡Ah! es verdad.

—Eres demasiado bueno en acordarte; pero me parece que el joyero no tiene tan buena memoria como tú.

AÑO XXI. 30

—La 197. ¿Cuánto tiempo hace que debia haberte traído ese adorno?

—Me lo habia prometido para antes de ayer. Ayer me pasé por la tienda con la carretela, y me prometió que lo traería esta mañana. Son las nueve de la noche.....

—Ya no vendrá.

—¿Qué dices?

—Que es probable que no le tengas para el día del sarao. Cuando esos plateros y diamantistas se ponen á hacer aguardar, es preciso aguardar.

—Pero eso es horrible.

—Ponte el adorno de perlas.

—¡Oh! no.

—Tiene diadema.

—Le he llevado ya á tantas partes, que no puedo presentarme con él.

—Pues querida, yo me hallo en idéntico caso. ¡Vaya vd. á encerrarse así en el fondo de alguna caja cuya llavecita está en un pupitre!

—Mira, querido, no hay cosa mas tonta que un hombre cuando quiere decir una gracia.

—¿Conque es una gracia?

—No, pero tú lo has creído como tal.

—Vamos á la 200; la señora baronesa de Picos Pardos.

—¿Envías una invitación á la baronesa de Picos Pardos?

—Ya ves: ¿por qué no?

—¿Tienes mucho interés en esa invitación?

—El mismo que en las demás.

—Pues yo no.

—Absolutamente como yo. Sin embargo, ¿porqué ese ostracismo?

—Porque es una lengua viperina.

—No te digo que no... si descartamos de esta manera á todas las que se la parezcan, nos vamos á quedar sin convidados. Haremos trescientas esquelas de convite, y vendrán sobre unas doscientas cincuenta personas; la señora de Picos Pardos tiene una lengua que corta, lo conozco; pero entre las señoras que vengan ¿no habrá quien tendrá defectos mas graves? Mira, yo envío, por no señalar á ninguno, una invitación á Mendoza, que es un imbécil, pero no es menos seguro que Perez es un quebrado.

—Vaya de *pero*.

—En la vida hay siempre un *pero*.

—Por último, ¿insistes en invitar á la señora de Picos-Pardos?

—No, porque te incomoda, pero será una impolítica.

—Lo achacaremos á olvido.

—Olvido é impolítica tienen muchos puntos de contacto, además, te verás obligada á mentir.

—¿Y qué me importa eso?

—¡Ay! ¡qué tonto soy! ¡No lo adivinaba!

—¿Qué has adivinado?

—¡Toma! Que la señora de Picos-Pardos tiene un soberbio adorno de diamantes con diadema. ¡Famosa lengua viperina!

—Eso es una calumnia.

—No, únicamente una maledicencia de tu parte.

—¿No comprendes que es odioso lo que estás diciendo?

El señor de Reiz se levantó.

—Abominable, continuó diciendo la señora.

—A la verdad, dijo friamente el marido, al ver tu cólera, cualquiera diría que he puesto el dedo en la llaga.

—¡Eso es indigno! dijo la jóven; me calumnias y dices en seguida que me he enfadado.

Esto lo dijo dando una patada en el suelo. Cuando uno se entrega á aquel de los pecados capitales que solo es hermoso en el teatro, el hombre dá un puñetazo sobre una mesa, cargada ó no de objetos frágiles; y la mujer dá una patada. Es preciso tomar con seriedad la cólera de un hombre cuando dá un puñetazo, no cuando dá una patada.

La patada de la señora de Reiz habia resonado en la solitaria estancia, habia conmovido el cuerpo de aquella débil mujer de ordinario tan graciosa, desarreglado su peinado y alterado sus facciones. La cólera hacia de la cabeza de Juno la cabeza de Medusa, la mas fea de las Gorgonas, segun dice la mitología, y Juno se parecia con frecuencia á Medea porque era muy colérica. Historiadores dignos de fé aseguran que se corrigió un poco desde que Júpiter se lo hizo notar. El señor de Reiz no era un dios pagano, ni tampoco un pagano del todo; empero se le ocurrió una idea semejante á la de Júpiter, y tomando un ademan enérgico, cogió con una mano un candelabro de tres mecheros, y con la otra la de su mujer, que soltó solo para abrir la puerta del salon.

—Jamás hubiera creído de tu galantería que me echases de tu cuarto, exclamó la infeliz.

El marido encendió tranquilamente dos velas sobre la chimenea, y despues llevó á su mujer delante de un espejo.

La señora de Reiz vió la cabeza de Medusa, é inmediatamente, arrancando el candelabro de las manos de su marido, le tiró contra el espejo. Los espejos son de cristal; su imagen se hizo pedazos. Sin decir nada, se sentó vuelta de cara hácia el espejo de la chimenea; allí brillaba otra cabeza de Medusa mas horrenda que la primera; esta vez fué uno de los candeleros de la chimenea el que fué volando.

—Señora, su vestido de vd. tiene una mancha de cera, dijo el marido, y se retiró.

Al entrar en su cuarto miró con melancolía un hermoso retrato de Lopez.

La señora de Reiz quedó sola en su salon blanco con franjas de oro. De pronto oyó un sonido argentino: se estremeció pensando que los fragmentos del espejo sembraban el suelo y que habian llamado á la puerta. Se refugió en su cuarto. La doncella vino á anunciarla que habia una persona que deseaba hablarla.

—¿Quién es?

—Creo, señora, que es una dependiente del diamantista.

—¡Ah! ¡Venir á esta hora! Hacedla entrar.

Era una linda muchacha de quince años, un poco pálida, vestida decente, pero pobremente.

—Perdone V. S., dijo con embarazo, si he hecho aguardar á la señora.

—¿Por qué no le han mandado antes?

—Es culpa mia, señora. Aquí está la diadema.

La señora de Reiz colocó el estuche sobre una mesa.

—¿No quiere probarse la señora la diadema para ver si la sienta bien?

Al decir estas palabras, la jóven hizo ademan de acercar una bugía del armario al espejo; pero su brazo fué detenido.

—No, gracias.

—La señora parece incómoda, dijo la niña; sin embargo, he hecho todo lo posible por llegar á tiempo; mas no he podido dejar antes á mi abuelo.

—¿Pues qué le ha sucedido á tu abuelo?

—Nada, señora; solo está un poco herido.

—¡Herido! ¿Por quién?

—¡Ah, señora! No quiero contar eso á V. S., porque no hemos hecho mas que lo que debíamos hacer.

—¿Cómo! dijo la señora de Reiz, comenzando á tomar interés.

—¡Dios mio! señora, dijo la niña, sepa V. S. que no tengo en el mundo mas que á mi abuelo; el cólera atacó á mi padre, mi hermana y mi hermano mayor que tenia: me ha dejado á mí sin duda porque era demasiado jóven, y á mi abuelo, porque era demasiado viejo. Trabajo en casa del diamantista de V. S.; me habia dado á limpiar los diamantes de vuestra diadema. Mi abuelo es carpintero. Un hombre me habia visto salir de la casa de mi maestro; me siguió y ofreció veinte duros en monedas de oro si quería darle lo que llevaba. Era el adorno de V. S.: eché á correr; él no se atrevió á alcanzarme porque tenia malas trazas y habia allí un civil; pero me siguió de lejos. Vivimos en la calle de Embajadores. Se lo conté á mi abuelo. Mi abuelo es cojo, á causa de un martillo que le cayó una vez sobre un pié. Por la noche yo trabajaba y el abuelo recogía una de sus herramientas, cuando oímos ruido en la cerradura; pero no era una llave. El abuelo se levantó alarmado y cogió su muleta con la mano derecha. El cuarto se abrió: era el hombre: le gritó al abuelo: ¡Es él! El abuelo le dió un golpe y le lanzó la escalera abajo: oí un grito y nada mas. Cogí la luz, aunque temblaba, y fui á ver. El hombre ya no estaba, pero mi abuelo estaba caído en la escalera. En este momento está en la cama. He pasado el día á su lado cuidándole: tenia calentura; quería beber agua fria, pero yo se lo he estorbado: sentia yo miedo, pero no he querido que se levante. Por último se ha dormido mas tranquilamente, y he venido á traer á usá la diadema.

Era aquélllo demasiado para los nervios ya sobrecitados de la señora de Reiz: rompió en lágrimas abrazando á la niña. Esta lloró tambien; pero despues del primer momento de abandono se desprendió de sus brazos un poco confusa.

—Es igual, dijo: diré que no es verdad cuando digan que las señoras de gran tono no tienen corazon.

—Aguárdame un instante, dijo la señora de Reiz.

Dirigióse al despacho de su marido. El salon estaba iluminado de una manera encantadora, y los espejos hechos pedazos producian soberbios efectos de caleidoskopo. El señor de Reiz se hallaba sentado en un sofá y leia la historia de Inglaterra, en la página donde se dice que Wellington jamás reemplazó los cristales de su casa rotos por el pueblo de Londres un día que se habia olvidado de Waterloo. El señor de Reiz tenia un poco el aire de Wellington.

—¿Qué haces ahí, amigo mio?

—He escrito ya trescientas una esquelas de convite. Verás qué efecto producimos mañana.

Sonrióse su mujer, se sentó á su lado y le contó lo que acababa de oír.

—Te comprendo, dijo al fin; quieres que enganchen el coche. Ponte el sombrero.

La muchacha subió la primera en el coche; el cochero recibió asustado estas señas: Calle de Embajadores. Allí se paró, delante de una casa de humilde apariencia.

—¿Quiéres subir? dijo á la mujer.

—Si tú quieres, amigo mio, respondió dulcemente, tendré mucho gusto en ello.

Los aristocráticos esposos bajaron de la carretela, subieron cuatro pisos y se pararon porque ya no habia otro. La niña abrió la puerta, de la que tenia la llave, encendió á tientos una vela de sebo, y despues se volvió hácia ellos poniéndose un dedo en la boca.

—Duerme.

La señora de Reiz contempló un instante la cabeza del viejo herido.

—Ven mañana á nuestra casa, dijo á la niña: no faltes.

Reinstalada con su marido en la carretela, iba pensando en el regalo que podria hacer á aquel anciano y á aquella niña.

Eran mas de las doce de la noche, y el señor de Reiz estaba sentado en su despacho con su mujer delante de la chimenea, en la que Reiz iba echando una á una las esquelas de convite tan laboriosamente escritas: la señora de Reiz iba contándolas con los dedos.

—¿Bien podria costar todo esto doce mil reales, verdad? preguntó.

—Sí, pero pongamos veinte mil.

—Bueno, pero..... los espejos del salon..... dijo recibiendo de la chimenea un reflejo muy vivo.

—Yo los pago; es preciso no rebajar nada á estas pobres gentes. A propósito; mañana, martes, es el beneficio de la Lagranje, é irás á lucir tu diadema en el palco del Teatro Real. Allí la verán mejor y mas gentes que en casa. Mañana recogeré veinte mil reales de casa de mi banquero, y si tu quieres, los iremos á llevar los dos á la calle de Embajadores.

—¿Qué bueno eres!

—No, si no que estoy tranquilo y no me irrito.

EL CONDE DE FABRAQUER.

FUEGOS ARTIFICIALES.

Los efectos tan variados que se admiran en los fuegos artificiales son obtenidos por medios generalmente muy simples que indicaremos sumariamente, separando cuanto podamos los términos técnicos empleados por los pirotécnicos.

Las mezclas que sirven para la confeccion de los artificios tienen por base necesaria los tres elementos de la pólvora, á saber: el nitro ó salitre, el azufre y el carbon. Con mas frecuencia se hace uso de la pólvora ya enteramente preparada, la cual se muele y reduce á un polvo fino llamado *pulverin*, cuya combustion es mas lenta que la de la pólvora ordinaria. Se mezcla en seguida la pólvora con nitro, azufre, carbon, resina, alcanfor, licopodio y limaduras de hierro, de zinc y de cobre. Las limaduras de hierro son las que producen al quemarse esas innumerables chispitas amarillas, rojas ó blancas que se prodigan en los fuegos artificiales. Cuanto mas fina y larga es la limadura, mas bellas y dulces son las chispas: las limaduras de los objetos que se han convertido en acero y de fundicion, dan un fuego mas brillante que las de hierro. Las limaduras de zinc dan chispas verde azul; el sulfuro de antimonio produce el mismo efecto, empero da mucho humo. El cobre y la mayor parte de sus compuestos producen fuegos verdes. El negro de chimenea mezclado con la pólvora se emplea para las lluvias de oro colorada y encarnada, subido ó claro, segun la preparacion del nitro que contiene la pólvora. El alcanfor da una llama muy blanca y adorífica de color de rosa que se

emplea como el benjuí para disimular el mal olor de otras materias. El licopodio brilla con una llama hermosa de color de rosa: es un polvillo fino que se inflama fácilmente á distancia cuando se halla suspendido en el aire; por eso le empleaban en otro tiempo en las óperas mitológicas para alimentar las llamas de las furias.

Las mezclas combustibles convenientemente preparadas, se introducen en una cubierta ó tubos de papel ó de carton. Algunas veces se contentan con atar fuertemente las mezclas en recipientes de tierra y se los inflama con una mecha. Así es como se hace para los *fuegos de bengala*, preparados con siete partes de nitro, dos de azufre y dos de antimonio pulverizado.

El aparato fundamental de todas las combinaciones imaginadas por los pirotécnicos de *cohetes* y sus variedades como las lanzas de fuego, candelillas romanas, serpentones, etc., se compone del cohete que es un cartucho cilíndrico ó cónico de papel ó carton en el que se comprime fuertemente la pólvora de composicion conveniente. El cohete presenta en su interior una especie de canal vacío que se llama *alma del cohete*. Colócase el cartucho en un molde cilíndrico que lleva un eje de hierro; se mete la pólvora con un bramante al que se pone una varita y que entra exactamente en el molde. En seguida se saca el cohete cuya alma corresponde al eje del molde. Los cohetes están tapados en una de sus estremidades y algunos en las dos.

Cuando se enciende un cohete, los gases procedentes de la combustion de la pólvora se desprenden produciendo una *reaccion* ú un retroceso que tiende á imprimir al cohete un movimiento en sentido contrario al de aquellos gases. Por medio de esta fuerza de retroceso, enteramente parecido al que se desarrolla en las armas de fuego, se da movimiento no solo á los cohetes *libres ó voladores*, si no á los cohetes de las ruedas y de las guirnaldas, que no son otra cosa mas que ruedas hechas con algunos trozos de madera muy ligera á las que se ata el cohete. Para preparar con mas seguridad los cohetes voladores, se les ha adaptado una varilla ligera y algunas veces unas alitas de carton. El tiro de los cohetes de guerra llamados *cohetes á la Congreve*, se hace ordinariamente en tubos. Estos cohetes están formados de un cilindro de hierro de un metro de largo sobre diez ó quince centímetros de diametro; están terminados con una punta cónica que contiene diversas materias incendiarias que arden en el momento en que el cohete llega á su destino.

Los cohetes voladores llevan frecuentemente *guarnicion* conteniendo estrellitas, es decir, pedacitos de diferentes pastas hechas con espíritu de vino y de las materias indicadas arriba. Las candelas romanas son cohetes que arden al lanzarse y manifiestan estrellas brillantes que no aparecen sino la una despues de la otra. Se les prepara en cartuchos con discos de pasta semejante á la de los precedentes y se hace alternar pólvora de varios colores.

Las *lanzas* son cohetes largos y estrechos que se emplean para formar las figuras de las grandes decoraciones, los templos, pagodas, etc. Se hacen de diversos colores introduciendo cloruro de potasa en su composicion, como Meyer lo ha hecho con éxito, y se obtienen fuegos mucho mas brillantes que pueden recibir materia colorante, que no conviene en los fuegos ordinarios. Así se preparan fuegos de un color rojo de púrpura con el nitrato de estronciana, ó de un hermoso verde con el nitrato de varita, etc. El azu-

fre debe ser predominante en todas las mezclas; el nitro es indispensable para el desarrollo de los colores en presencia del cloruro de potasio. Los *morteres* son gruesos cohetes inmovibles que encierran gran número de otros mas pequeños. Los *dragones ó correntinos* son cohetes pegados á un cartucho vacío y abierto en las puntas y puede correr á lo largo de un hilo ó una cuerda tendida. Se reservan para poner fuego á los árboles de pólvora á grande distancia, como se ha visto en la plaza de toros á una paloma saliendo de un palco que va á incendiar el árbol.

Para comunicar la inflamacion á diversas partes de un mismo fuego artificial, se emplean estopillas, esto es, mechas de algodón empapadas en una pasta hecha de pólvora, aguardiente y una pequeña cantidad de goma. Estas mechas se forran en seguida de papel.

Los mas brillantes efectos de los fuegos artificiales se obtienen siempre por los medios mas sencillos. Así la bomba resulta de la explosion simultánea de un gran número de cohetes colocados en pucheros. Las cascadas, la lluvia de oro se obtiene por medio de mechas de cohetes horizontales. Podemos citar, por ejemplo, la Salamandra de Ruggieri, que representa una serpiente de fuego persiguiendo á una mariposa de brillantes colores. Por medio de una cadena sin fin de cohetes que pasan alternativamente por encima y por debajo de ocho ruedas verticales, dispuestas en octógono, produce el arte pirotécnico estos efectos extraordinarios. La cadena continúa recibe su movimiento de una de estas ruedas; sobre una parte de su longitud está figurada la serpiente y sobre la otra la mariposa.

Los fuegos artificiales que se verifican sobre agua, se preparan lo mismo que los otros; se les fija sobre lanchas y se tiene cuidado de hacer impermeable el carton ó papel frotándole con grasa.

FUEGOS ARTIFICIALES CELEBRES. La invencion de los fuegos artificiales parece ser contemporánea en las diferentes naciones del descubrimiento de la pólvora. Así los chinos, que han conocido la pólvora antes que los europeos, llegaron mas pronto á la perfeccion en la preparacion de los fuegos de recreo. Los pirotécnicos europeos han tomado su procedimiento de los misioneros que los estudiaron allí, particularmente el padre Incarville. En nuestros dias el arte de la pirotécnica ha llegado á su apogeo, gracias á los recursos de la química moderna y á los ingeniosos trabajos de los Ruggieri, padre é hijos. En los siglos precedentes la historia hace mencion de muchos fuegos de artificio dignos de ser comparados á las obras maestras de estos célebres pirotécnicos. En todas estas diversiones se hacia grande abuso de la mitología y de las alegorías mas ó menos ridículas que los pirotécnicos tomaban de la literatura de su tiempo.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LOS JUGUETES.—SU IMPORTANCIA COMERCIAL.

Si alguna vez se llevase el amor de los métodos y de las clasificaciones hasta la tienda de un comerciante de juguetes, ese caos de la gran familia de las muñecas, de los caballos, de las casitas y de los polichinelas; se encontraría en primera línea y se haría colocar á la cabeza de la clasificacion la muñeca que habla, presentada en las exposiciones de

Francia é Inglaterra, y de que ya tienen varias la tienda de tiroleses de *Schrock*, y la afamada y esclusiva especialidad de juguetes de la *Estrella del Norte*. Estas muñecas pronuncian bastante bien *pápa* y *máma* cuando se las toca con la mano. Hay tambien muñecas que andan, muñecas que abren y cierran los ojos á voluntad del que las tiene, muñecas con brazos y piernas articulados, y otros mil pequeños autómatas, mas ó menos perfectos. No vamos á tratar aquí de estas maravillas; al contrario, nos vamos á ocupar de los juguetes mas comunes y ordinarios, que son los que causan la felicidad y el contento del mayor número de los niños, y por consecuencia, el bienestar de los obreros laboriosos é inteligentes que los fabrican. A Alemania es preciso ir á buscar las grandes manufacturas de todos esos pequeños objetos que nos llegan periódicamente á España en la época de ferias y en el primer día del año, y tambien algunos á Francia. En el bosque Negro, en el pequeño país de Son-nemberg, en los alrededores de Nuremberg, de Ulm, de Stuttgart, que es preciso visitar, en medio del campo, en los bosques ó en las montañas, se encuentran esos talleres de pintura, de escultura, modeladores y moldeadores de carton, de donde sale esa infinidad de figuritas, de animales esculpidos en madera, de muñecos con articulaciones; esos caballos, esos monigotes de carton, esas ciudades de madera con techos encarnados, esas pequeñas músicas, esos tambores, trompetas y otros instrumentos ruidosos que los niños hacen resonar. Allí, sobre todo en invierno en medio de las nieves, se encuentran familias enteras ocupadas en la confeccion de todos esos juguetes, tan justamente llamados juguetes de Alemania. En efecto, aquellas comarcas son las únicas donde se ha podido llegar á vender esos pequeños objetos á un precio tan módico; y la razon es, que el trabajo está allí dividido hasta lo infinito, y hay individuo que no ha hecho durante toda su vida mas que brazos ó piernas de muñecos, y otro no ha ejercido mas oficio que el de modelar, vaciar ó pintar las cabezas. Como toda la familia trabaja, como las materias primeras tienen poquísimos valor, como el gran hábito de fabricar siempre el mismo objeto hace que llegue á ejecutarse mucho mejor y mas pronto, esto hace que puedan darse estos objetos á un precio fabulosamente baratos. Parece imposible como puedan darse á tan bajo precio ciertas cosas; por ejemplo, se hacen en Son-nemberg unas flautitas de las que se venden setenta docenas por diez y seis reales. Pajaritos pintados, que no sirven mas que para embalar los juguetes, y otra multitud de cositas, que reunidas y juntas forman esos objetos de recreo de la niñez, hacen concebir la baratura.

El agua, preciso es confesarlo, es un poderoso auxiliar para las buenas gentes de la montaña. El mas delgado hilo, el mas débil arroyuelo, inmediatamente es utilizado para hacer mover una rueda, un torno, una sierra ó cualquiera otra mecánica, y todo esto es tan sencillo, tan ingenioso, como son admirables los resultados de las mecánicas inventadas por los modestos habitantes de la casa de madera en que se encuentra. Un viajero entra un día en la habitacion de un montañés tirolés, y no encuentra mas que un niño en la cuna. Asombrado del uniforme balanceo de aquella cunita, busca la causa, y bien pronto descubre una cuerda que atraviesa el muro y va á unirse al árbol de una rueda, que un arroyo inmediato hace dar vueltas. Los arroyos son los verdaderos servidores de los que habitan sus orillas.

En París se hace tambien un gran número de juguetes; pero tienen una fisonomía particular; están tal vez mejor hechos, empero son mas caros. Las cornetas, los teatros, los pueblos de hojadelata, los soldados y las vajillas de plomo, se fabrican especialmente en el cuartel de San Martin. Allí, sobre todo, es donde se procede al vestido de las muñecas elegantes; allí se fabrican tambien las chinelas y todos los demás objetos de piel teñida; por último, tambien se ejecutan obras de carton-piedra con alguna propiedad, y cuya limpieza contrasta con aquellas calles tan sucias y pobladas de París.

Los juguetes esmaltados vienen de París y de la Montaña Negra, en el Languedoc, de cuyas cabañas mas pobres salen figuritas á millares; las villas de mármol se tornean en los molinos de Steimback y las de ágata en el Oberstein, en el Palatinado; las obras de hueso y marfil salen de los alrededores de Ulm, de Dieppe. Frecuentemente la industria de muchos países se reúne para crear el objeto de mas ínfimo valor. ¿Quién no conoce, por ejemplo, esos lindos rosarios que hay dentro de un barrilito de márfil, de hueso, ó de una pequeña nuez? ¿Quién no admira la delicadeza y destreza extrema que se necesitan para su confeccion? ¿Y quién ha pensado jamás, ó parándose á considerar todas las circunstancias, todas las artes y los diferentes géneros de industria que están reunidos en un objeto tan pequeño? ¿De donde proviene el márfil de esos barrilitos? Ha sido estraído de un elefante de Africa ó de Asia, y formaba parte de uno de los colmillos por los cuales el negro desafia los mas grandes peligros, y luego se le ha trabajado en Dieppe.

¿De qué se componen esos granos colorados?

De esmalte; el esmalte es un vidrio opaco en el que entra el estaño y al que se le da color con el oro, si es rojo; con cobre, si es verde; con cobalto, si es azul.

¿Dónde han sido hechos?

Tal vez en Venecia.

¿Qué es ese hilito de plata que los atraviesa, los sujeta y encadena?

No es plata, es laton simplemente plateado. En este hilito hay tres metales que provienen de tres comarcas lejanas.

Pero, en fin, ¿dónde se han reunido todos esos productos diversos para componer un rosario microscópico?

En Nevers.

Ya lo veis, hijos míos, las cuatro partes del mundo han sido puestas á contribucion, y mas de cien mil personas de naciones y de Estados diferentes se han ocupado directa ó indirectamente en la confeccion del juguete mas pequeño que os dán; de esos juguetes que vosotros en un momento destrozais y haceis pedazos. Bajo este punto de vista quisiera yo que fijáseis vuestra atencion sobre los juguetes que os dan, bien persuadidos de que dareis alguna importancia mas y mayor precio á esos juguetes, cuando conozcais que han contribuido á producir la felicidad y el bienestar de muchos millares de familias pobres.

Hoy que las artes y las ciencias han progresado tanto, han llevado tambien sus adelantos á los juguetes, y aun en los de menor precio se nota cierta perfeccion artística. Ya con dificultad se hallarian en Madrid aquellos mamarachos, aquellos toscos é informes juguetes que formaban las delicias de vuestros padres y que se vendian en las covachuelas de San Felipe el Real, covachuelas que han desaparecido tambien á su vez y que eran una deformidad del arte, ostentándose en su lugar la hermosa casa conocida por la de Cordero. Ho

la suerte de los niños es mas ventajosa que lo fué la de sus padres; en los métodos de educacion se sigue un sistema mas paternal; se han desterrado los castigos duros y aflictivos, no aplicándose ya los azotes, que proscribió una ley de las Cortes propuesta por el diputado Antillon, y hasta en los juegos se ha llevado el capricho á poder satisfacer los mas estraños deseos.

Hay mas; hasta la sociedad misma ha creído que en sus diversiones debe darles una parte, y así se ve en el carnaval, no solo en el palacio de nuestros reyes, sino en las casas mas principales, funciones esencialmente consagradas á ellos, habiendo bailes de niños, funciones de máscaras de niños, y participando de las mismas diversiones que hasta ahora se hallaban reservadas para las personas mayores en la sociedad.

EL CONDE DE FABRAQUER.

EL TALISMAN.

LEYENDA ANDALUZA.

El Carlomagno del Africa Yakoub Almanzor habia devastado toda la España. Una ciudad sola resistia á su poder. Veinte mil catalanes encerrados en Barcelona hacia dos meses contenian los esfuerzos de doscientos mil sitiadores. Almanzor no tenia gran interés en reinar en Cataluna. Habia fijado los límites de sus Estados de España: la Andalucía, Murcia, Valencia, una parte de Castilla la Nueva le parecia un dominio suficiente. Sus incursiones al Norte no tenian mas objeto que intimidar á los príncipes cristianos y reducirlos á la defensiva. Mientras tanto, la frontera de los Estados musulmanes se cubria de castillos y ciudadelas, y cada dia presentaba una linea mas formidable. Almanzor debia retirar á sus Estados sus ejércitos, pasar á Africa, y desde allí reinar á la vez sobre Fez, Marruecos y la Andalucía.

Acampaban las tropas del califa alrededor de las murallas de Barcelona, y guardaban sus inmediaciones con una vigilancia que quitaba á los catalanes toda esperanza de que pudiesen entrarles víveres y refuerzos. Apurábanse los recursos de la plaza, y la bien conocida obstinacion del conquistador africano no permitia suponer que por nada en el mundo levantase el sitio. Recordaban con este motivo los cristianos el sitio de Marruecos que habia durado un año entero, y que terminó por un asalto de tres dias sin interrupcion; durante este asalto relevábanse las tropas por otras de refresco. Solo Almanzor no habia descansado, y constantemente se le habia visto á la cabeza de los combatientes.

Activaba Almanzor el sitio con aquella prodigiosa actividad que llenaba de asombro y de estupor á todos sus enemigos. No le impedian los cuidados de la guerra que todos los dias consagrara algunas horas á un fastuoso descanso. Al levantarse el sol abríase la tienda del califa: el gran visir Abdallah introducía en ella á los letrados y doctores que debian responder á las preguntas que Almanzor le gustaba hacerles sobre puntos de religion, de ciencias y de poesia, entablado con ellos discusiones. El mismo Almanzor era poeta, y le halagaban mucho los elogios de los letrados. Recitó diversos versos que habia compuesto á un poeta que se los aprobó. Mandó el califa que hiciera igual número de versos sobre el mismo asunto. Obedeció el

poeta y recibió diez monedas de oro. Poco satisfecho del regalo compuso un poema sobre otro asunto, y se lo ofreció al califa que le dijo:

—Escoge por recompensa, ó veinte mil monedas de oro al contado, ó cien mil despues de todas las formalidades del tesoro.

—Veinte mil al contado, señor; y despues, los cien mil, contestó el hombre del poema.

Gustóle tanto é hízole tanta gracia al califa esta respuesta, que inmediatamente le hizo contar ciento veinte mil monedas de oro.

Almanzor se habia impuesto como un deber el administrar por sí mismo justicia en su campamento. Con frecuencia decia: No quiero que me llamen el Victorioso, sino el Justiciero.

La inscripcion de su sello decia: Que Dios juzgue á Yakoub, como Yakoub haya juzgado.

Habia hecho poner á la entrada de su tienda un poste de madera sosteniendo una campanilla de plata cogida en una de las iglesias de Toledo. De noche y de dia, á todas horas, cualquiera que acudia á reclamar la justicia del califa, podia tirar de la cadena de aquella campanilla. Si el califa estaba en la tienda salia inmediatamente.

Estando un dia á la mesa, el sonido de la campanilla vibró en medio del mas armonioso concierto que jamás habia oido el califa. Levantóse inmediatamente y acudió al llamamiento. Llegado al dintel de su tienda no vió á nadie. En vano esperó un rato: la luna no iluminó forma ninguna humana en el vacío espacio que rodeaba al pabellon. Los centinelas nada habian visto. Arrugó Almanzor el entrecejo y dió órdenes severas. Tres veces se renovó la misma escena. Determinado á averiguar la causa de aquel estraordinario suceso, dejó el califa á los convidados, y armado de su cimitarra desenvainada fué á ocultarse detrás del poste donde estaba la campanilla.

Interrogaban á las tinieblas sus penetrantes miradas, cuando un precipitado repiqueteo le hizo estremecer. Ningun ser humano lo habia provocado; empero vió desprenderse de la cadena á una serpiente, y enderezarse delante de él. Ya su cimitarra amenazaba al reptil, cuando una voz interior murmuró en su corazon:

Dios juzgará á Yakoub, como haya juzgado Yakoub.

—Vamos, dijo, toda criatura tiene derecho á que se le haga justicia, sigamos á esta serpiente, y veamos qué es lo que aguarda de Yakoub.

Deslizóse el reptil lentamente al través del campo, y condujo al califa hácia una roca cuya base estaba horadada por una grieta apenas visible bajo secos zarzales que la cubrian. Aquella era sin duda la madriguera de la serpiente que iba y venia, como para escitar la atencion de su protector. Almanzor comprendió aquel manejo. Bajóse y vió que la abertura de la roca se hallaba completamente obstruida por un enorme sapo que habia tomado posesion de ella, y cuyo insolente ojo parecia desafiar al reptil. Almanzor colocó la punta de su cimitarra sobre la cabeza del sapo y se la abrió en canal con mano segura y se volvió á su campamento, reuniéndose con sus convidados.

Prolongóse el festin una parte de la noche. Brillaban chispeantes en las copas de cristal los vinos de España; alegres y húmedos de placer los ojos les devolvian fuego por fuego. Habíase llegado al momento en que los sábios hablan

cual los insensatos, ó en que la locura halla sin esfuerzo el lenguaje de la sabiduría. Los músicos tocaban con extraordinario afán, y los doctores de barba gris exaltaban al amor y al vino, y disputaban los poetas imberbes. El califa se mostraba magnífico; á cada uno prometía tesoros sin tasa ni medida.

De repente se vió erguirse en el círculo de los convidados á una serpiente. Estremeciéronse los más borrachos, y se arrojaron revueltos unos con otros hácia atrás. Solo el bizco Abdallah sacó su espada.

Contúvose con un gesto Almanzor,

—Que nadie toque á ese reptil, dijo.

Jamás prohibición alguna fué mejor recibida,

—Yo lo conozco, y no puede hacer daño á ninguno de vosotros.

La serpiente se había ido subiendo arrastrando hasta las rodillas del califa. Dirigióse hácia la copa que tenía éste en la mano, y dejó caer en ella una piedra brillante y se retiró lo mismo que había venido en medio del asombro de la reunión.

Almanzor examinó la piedra que había caído en su copa. Era un rubí tallado que despedía admirables fuegos. Tenía grabados en la cara mas ancha unos extraños caracteres que ninguno de los letrados allí presentes supo descifrar ni aun decir á qué lengua pertenecían; empero todos convinieron que lo que el califa tenía entre las manos era un talisman.

Convocó Almanzor á los sábios de la Andalucía. Cien mil piezas de oro había prometidas al que explicase la misteriosa leyenda. Ninguno pudo descifrarla. Desesperado andaba por ello el califa, cuando acertó á presentarse un judío que declaró que los caracteres grabados eran viejo caldeo, y los trujo así:

«Tú amarás mas que á tu vida á la criatura que me posea.»

Arrastrado por mucho tiempo el califa en el curso de sus gloriosas empresas, sentía cerrado su corazón á las mas dulces emociones de su primera juventud. Había ciertos momentos en que se aletargaba su ardor guerrero, y se doblaba bajo el peso de un cansancio inmenso. Preguntábase de que servían sus esfuerzos por estender unos dominios que sin duda se escaparían de las manos demasiado débiles de sus sucesores, y entonces se entregaba al pesar, de lo que luego se arrepentía.

Los palacios de Fez, ó los alcázares de Granada y Córdoba, se presentaban á su imaginación como lugares de descanso, donde podía disfrutar no sin gloria de un poder afirmado con tantos y tan rudos trabajos. La inscripción del talisman despertó en él todos estos pesares. A mas se decía: hé ahí un bien que he descuidado por tan largo tiempo. Aunque me hiciesen mis ejércitos dueño del mundo todo, en ningún tesoro de los que me conquistasen, encontraría el amor.

En aquel día el califa confió al visir Abdallah un saquito guarnecido de perlas, y en el que encerró el precioso rubí. Debía ir el visir á Córdoba á entregar aquel saquito á Leila una de las mujeres de Almanzor, y mandarle en nombre del califa que día y noche lo llevase colocado sobre su corazón.

No habían pasado aun ocho días, cuando desde lo alto de la ciudadela vieron los catalanes arriar de repente el estandarte del profeta, y levantar sus tiendas al ejército musulmán. Parecía aquello un tumulto. Al ponerse el sol entre olas de polvo, había ya desaparecido de la vista de la ciudad,

que celebró con gran regocijo aquella milagrosa é inesperada retirada.

Seis meses pasó en Córdoba Almanzor admirando á toda su corte con las muestras de su loca pasión por una mujer á la que apenas había distinguido hasta entonces entre las cien esclavas de su harem. Todo se volvía fiestas, torneos, cañas, conciertos para obsequiarla. Los negocios públicos quedaron abandonados á manos de sus ministros. Los cristianos multiplicaban impúnemente sus correrías á las fronteras, y sus reyes se coaligaban y hacían grandes preparativos para atacar á Córdoba. En Marruecos se le sublevaron provincias enteras, y á todas estas noticias se mostraba indiferente el califa. Parecía ciego y sordo, y no pensaba ni se ocupaba mas que de Leila. Murió esta repentinamente, y seis meses pasó el califa dando muestras de un dolor estravagante. Solo la ciencia de Avicena pudo arrancarle de la muerte. Había mandado Almanzor embalsamar el cadáver de Leila y colocarle en una caja de plata. Depositóse esta caja sobre un estrado en medio de una sala enlutada, iluminada por cien lámparas de plata y de pebeteros de oro que exhalaban deliciosos perfumes. Allí vivía Almanzor dando pábulo y alimento á su desesperación. Al fin cedió á las instancias de los ulemas y de los visires que le suplicaban salvarse el Estado, volviendo á colocarse á la cabeza de sus ejércitos. Dejó á Córdoba mas para buscar en el campo un alivio á su dolor, que para reponer sus negocios con la guerra; empero no había podido separarse de los restos de su Leila. Seguíale por todas partes, y cuando acampaba el ejército, al lado de su tienda se alzaba otra negra donde en medio de flores se depositaba aquella caja que según decía Almanzor encerraba su único tesoro. De aquel tesoro era responsable con la cabeza Abdallah. Así dieron la vuelta á casi toda la España, y despues de haber hecho una tregua con los príncipes cristianos, pasó el estrecho y volvió á Marruecos, resuelto á morir en Salé sobre el féretro que contenía los restos de su amada Leila.

El desgraciado Abdallah no era ya ni su sombra. Sus lúgubres funciones habían llegado ya á hacersele intolerables. El sombrío humor del califa había roto los vínculos de su antigua adhesión. Pensaba seriamente el visir en separarse de su lado y huir á Tunez ó á Egipto. El mismo día que llegó á Salé, al tomar las disposiciones para colocar el féretro de Leila en un enlutado salon, reflexionando con amargura en las circunstancias que tantos males le habían causado, una idea repentina le hizo estremecerse.

—¡Ah!... se dijo... ¡el talisman!

Sin perder un momento, despidió á los esclavos, se encerró con cuidado, se dirigió á la caja é hizo saltar la cerradura. Arrancó los velos de seda y de brocado que rodeaban el cadáver. Brillaba el rubí sobre el pecho de Leila. Apoderóse de él, hizo un gesto de triunfo y de satisfacción, y se le metió en lo mas hondo de su vestido.

A poco menos de una hora, despues le llamó Almanzor:

—Y bien! le dijo con aire de disgusto, ¿está ahí todavía el cuerpo de Leila?

—Señor, está en el salon fúnebre, é iluminado como siempre.

—Bueno. Es preciso desembarazarme de todo ese aparato fúnebre.

No quiero ya volverlo á ver.

Desde aquel día Abdallah recobró todo el antiguo vali-

miento con su amo. Alegróse de ello, empero le estaba reservado otro suplicio. No parecía sino que el califa había olvidado su locura para caer en otra mas estraña. Abdallah reinaba. Multiplicábanse los favores del principe, y de tal modo le perseguía, atosigaba y fatigaba, que ni un solo instante podía verse sin su compañía. El pobre visir se hallaba desesperado. Un día en el transporte de su furor, metió la mano en el bolsillo de su vestido, y quedóse al punto como petrificado.

—¡Ah! dijo, ¡todavía esta maldita piedra! ¡Maldito talisman! ¡Por Satanás que te ha tallado con sus uñas, que te voy

á arrojar en un abismo de donde no salgas jamás, ni aun en el día del juicio final.

Sale Abdallah del palacio, se mete en una barquilla, y marcha á un lago insondable y arroja con toda su fuerza en medio de él, y lleno de rabia el mágico rubí.

Al volver á palacio encontró á Almanzor profundamente preocupado. Le vió levantarse, asomarse á la ventana, y mirar hacía el lado del lago.

—¡Qué hermoso es ese lago, y qué sitio tan propio para edificar á su orilla una ciudad!

Al día siguiente hizo que los arquitectos trazasen sus



Que nadie toque á este reptil.

planos, y un ejército de obreros, albañiles y carpinteros, comenzaron á levantar una ciudad que en el pensamiento del califa debía de eclipsar á Fez y Marruecos y ser la capital de sus vastos estados.

Dió á la nueva ciudad su propio nombre.—Almanzora la victoriosa. Por algun tiempo dió esta gigantesca empresa alimento á la actividad de Almanzor, empero muy pronto vino á devorarle una negra melancolía. Abdallah cayó en desgracia, y sus funciones quedaron reducidas á acompañar al califa en sus paseos, que eran siempre sobre el lago. Allí pasaba horas y aun días enteros mirando enagenado á su fondo. Un día inclinándose demasiado sobre el borde de su

barquilla, precisamente en el mismo sitio donde su ministro había arrojado el mágico rubí, se venció con el peso la barquilla y cayó en el lago, y no volvió á salir su cuerpo de aquel abismo.

Así desapareció Yakoub Almanzor de la escena del mundo. Al día siguiente se vió flotar sobre el lago la barquilla boca abajo.

Diez años mas tarde unos peregrinos reconocieron á Abdallah que había logrado salvarse, y había huido á la Meca. El visir se había convertido en un célebre poeta, que en bellísimos versos les contó la historia del TALISMAN.